

Lo que con un poco de precisión nos cuentan los historiadores griegos y latinos acerca de la historia de la Arabia, ó al menos de las pequeñas fracciones de la Arabia, puede reducirse á cortas líneas y no remonta á una época anterior á Alejandro.

Los griegos conocieron más de cuatro siglos antes de J. C. las riquezas de los Arabes, por cuya razón se determinó Alejandro á intentar la conquista de la Arabia, de modo que la expedición de Nearco á los contornos de la península no era más que un prelude de la que luego hubiera acometido el monarca si la muerte no llega á impedirlo. Cuando se dividió el imperio de Alejandro, las regiones cercanas á las fronteras de Palestina y Egipto, habitadas por los Arabes, cayeron en manos de Ptolomeo; y los Nabateos se adhirió al partido de éste contra Antígono; por cuya razón, cuando éste fué dueño de Siria y Fenicia, envió contra ellos á uno de sus mejores generales, quien después de apoderarse de Petra por sorpresa, quedó destruido con todo su ejército de 4,600 hombres. Entonces Antígono dió el mismo encargo á su hijo Demetrio, de quien cuenta Diodoro de Sicilia que al llegar á Petra, los Arabes le hablaron del modo siguiente: «Rey Demetrio, ¿por qué nos haces la guerra, á nosotros que habitamos desiertos donde nada hay de lo necesario á la vida cómoda de los habitantes de las ciudades? Sabe que si nosotros hemos buscado refugio en medio de una región privada de todos los recursos, es por estar resueltos á huir de toda esclavitud. Consiente pues en aceptar los presentes que te ofrecemos para hacer retirar tu ejército, y ten la seguridad de que en adelante hallarás en los Nabateos unos amigos fieles. Empero si prefieres continuar el sitio, dentro de poco sufrirás todo género de privaciones, sin que de ningún modo puedas obligarnos á observar un género de vida diferente del que estamos acostumbrados á seguir desde nuestra infancia; y aunque llegases á hacer entre nosotros algunos prisioneros, no hallarías en ellos sino esclavos desanimados, incapaces de vivir bajo otras instituciones que las nuestras.»

Viendo Demetrio que tenía la dicha de terminar con la paz una guerra que consideraba erizada de dificultades, aceptó los presentes y se retiró.

Hasta la Era cristiana las tribus del desierto tomaron partido, ya por los Egipcios, ya por los Sirios, en las numerosas guerras que devastaron esas comarcas, y sus incursiones y asaltos lle-

naron de cólera á los emperadores romanos, cuyo dominio se extendía hasta el Eufrates, los cuales enviaron contra los habitantes de la Arabia pétrea muchas expediciones que no dieron otro resultado que el pago de tributos transitorios ó la suspensión momentánea de las correrías. Hacían entonces esos nómadas la guerra como todavía la hacen hoy, fatigando al enemigo con ataques imprevistos, y escapándose al desierto así que eran perseguidos.

Deseoso Augusto de poseer aquellas riquezas que hacía tantos siglos exaltaban las imaginaciones de Griegos y Romanos, envió una expedición contra el Yemen; pero se frustró completamente, y tan sólo en tiempo de Tiberio los Romanos llegaron á conquistar por corto tiempo ese rincón de Arabia, casi del todo habitado por los nómadas, que constituye la península del Sinaí. Entonces la antigua ciudad árabe de Petra fué una magnífica ciudad romana, cuyas ruinas todavía subsisten.

Los Arabes anduvieron muchas veces mezclados con los Romanos en las guerras de éstos con los Persas; y hasta un Árabe, llamado Felipe, llegó á ser en 244 emperador romano. Un día llegaron á amenazar el Asia Menor, y sólo la destrucción de Palmira por Aurelio, en 272, les alejó de esta región. Entonces la Siria fué una provincia romana gobernada en parte por príncipes árabes, llamados Ghassanidas, bajo el protectorado de los emperadores.

Cuando se transfirió el imperio romano á Constantinopla, los Arabes disputaron á los Griegos y á los Persas la posesión del Eufrates, pues unas tribus llegadas del Yemen habían invadido mucho antes este país, fundando en él, cerca de la Babilonia meridional, á orillas del río (en 195 de J. C.) y junto á la moderna Kufa, la ciudad de Hira, cuyos soberanos rivalizaban en lujo con los monarcas de Persia y Constantinopla. «Sus palacios estaban adornados de los muebles más preciosos, y sus jardines de las flores más raras; mientras el Eufrates, surcado de elegantes embarcaciones, reflejaba por la noche los miles de luces de sus barcas, atestadas de ricos señores y de hábiles músicos. Los Arabes han empleado todos los recursos de su imaginación en contar las maravillas de esos palacios encantados, que entonces eran las más hermosas y saludables mansiones de todo el Oriente.»

El reino de Hira duró 400 años, lo cual es una duración muy respetable para un imperio; pero conocemos muy poco su historia, bien

que ha llegado á nuestra noticia que en 605 cayó en poder de los Sassánidas y se transformó en una satrapía persa, aunque por poco tiempo, pues Mahoma iba á aparecer en la escena del mundo, y sus sucesores no tardaron en conquistar el imperio de los Persas.

El precedente resumen demuestra que, salvo en sus fronteras del Norte, la Arabia se había salvado de todas las invasiones; y que los grandes conquistadores egipcios, griegos, romanos y persas, que habían aislado al mundo, nada pudieron contra ella, continuando siempre cerrada aquella inmensa península.

Pero en el momento de aparecer Mahoma estaba amenazada de terribles invasiones. En el año 525 de J. C., el Yemen, que hasta entonces no había obedecido más que á soberanos árabes, era invadido por Abisinios, que trataron de propagar allí el cristianismo, llegando á convertir varias tribus; y en 597, ó sea muy poco antes de Mahoma, los Abisinios debieron huir ante los Persas, que establecieron en aquel punto á unos vireyes, los cuales reinaron en el Yemen, el Hadramot y Omán hasta la llegada del profeta.

Sin embargo, esta dominación no sólo fué pasajera sino que nunca comprendió la vasta región del Nedjed y el Hedjaz; cabiendo decir que entre todos los países civilizados del mundo la Arabia es quizás el único cuya mayor parte no ha conocido jamás el dominio extranjero.

III

CIVILIZACIÓN DE LA ARABIA ANTES DE MAHOMA

Los autores bíblicos nos hablan frecuentemente del comercio de los Arabes, de las ciudades que poseían, y particularmente de Saba en el Yemen; pero si sus indicaciones revelan la existencia de grandes ciudades en una época muy remota, no nos dan ningún documento acerca de ellas.

Unos cuatrocientos años antes de J. C., Herodoto habló de la Arabia feliz como de la región más rica del globo; y dice que en Mareb, la antigua Saba de la Biblia, había opulentos palacios, provistos de pórticos dorados, llenos de jarros de oro y plata, y de camas de descanso hechas de metales preciosos.

Strabón da noticias análogas, y citando á Artemidoro, cuenta que dicha ciudad de Mareb era maravillosa; que la techumbre de los palacios estaba adornada de oro, marfil y piedras

preciosas, y las casas suntuosamente amuebladas y llenas de jarrones ricamente cincelados. Según Eratóstenes, las casas se parecían á las de Egipto por el modo con que estaba hecha la armazón.

Las antiguas crónicas árabes concuerdan con los datos de los autores clásicos, alabando todos unánimemente la riqueza del Yemen. «Allí se veían, dice Massudi, á propósito del país de Mareb, hermosos edificios, árboles magníficos, gran número de canales y ríos que recorrían la tierra en todas direcciones. Tal era el estado de este país, cuya longitud y latitud comprendía el espacio que un buen jinete podría recorrer en un mes. Todo viajero, ya fuese á pie, ya á caballo, podía seguir este camino de uno á otro extremo, sin sentir los ardores del sol; porque siempre estaba dentro de una espesa sombra que no cesaba un momento; pues los árboles, cuyo cultivo era la riqueza de la comarca, cubrían toda esta tierra y le deparaban un abrigo continuo. Los habitantes disfrutaban de todas las comodidades de la vida, teniendo con abundancia todos los medios de subsistencia, así como una tierra fértil, un aire puro, un cielo sereno, numerosos manantiales de agua, un gran poder, un dominio bien cimentado y un imperio próspero hasta el más alto punto; todo lo cual contribuía á convertir su país en una morada cuyas ventajas habían llegado á ser proverbiales. Distingúense también por la nobleza de su conducta y por el agrado con que recibían del modo más obsequioso, y cada cual según sus medios, á los forasteros que iban á su país, y á todos los viajeros. Duró este estado de prosperidad tanto cuanto plugo á Dios; ningún rey les resistió sin quedar derrotado; ningún tirano se puso en marcha contra ellos, con sus ejércitos, sin verse deshecho; todas las regiones les estaban sometidas, todos los hombres acataban sus leyes, y ellos eran como una diadema en la frente del universo.»

La prosperidad de esta parte del Yemen dependía, según parece, de las famosas esclusas de Mareb, construidas, á lo que dicen los autores árabes, por una reina llamada Balkis, y que suponen fué la misma que visitó á Salomón. Estaban dichas esclusas á la entrada de cierto valle, formado por altas montañas, entre las cuales corría un rápido torrente; y transformaron el valle en un lago inmenso que en seguida servía para el riego de toda la región. Hacia el primer siglo del cristianismo fueron destruidas, lo cual produjo la despoblación del país.

Los documentos que preceden están conformes en hablarnos del Yemen como del asiento de ciudades tan florecientes, al menos, cual las del antiguo Egipto, y de una civilización avanzada. Sus ruinas yacen hoy en el polvo, esperando un explorador, como tanto tiempo lo han esperado las de Nínive y Babilonia.

También nos revelan el lujo de las grandes ciudades del Yemen la antigüedad y extensión de sus relaciones comerciales, siendo efectivamente difícil citar un pueblo de la historia que haya tenido relaciones comerciales importantes y carecido al mismo tiempo de civilización. Ahora bien, las relaciones comerciales de los Arabes se extendían hasta los límites del mundo conocido, y debían durar desde una época muy remota cuando la Biblia ya habla de ellas: verdaderos almacenes comerciales del mundo, aquellas ciudades representaron durante 2,000 años el mismo papel que Venecia en la época de su esplendor.

En efecto, por medio de los Arabes tuvieron lugar durante toda la antigüedad clásica, las relaciones entre Europa y las comarcas lejanas de Asia; pues el comercio de los Arabes no sólo comprendía los objetos de la Arabia, sino también los que recibían del Africa y de las Indias orientales; y ese comercio se hacía particularmente en objetos de lujo, como marfil, aromas, perfumes, piedras preciosas, polvo de oro, esclavos, etc. Durante mucho tiempo se verificó por mediación de los Fenicios, cuya lengua era muy parecida á la de los Arabes. Entonces los productos que éstos traían se concentraban en las grandes ciudades de la Fenicia, como por ejemplo Tiro, de donde se los exportaba inmediatamente.

En el comercio de los productos de la India los Arabes no tenían más rivales que á los Babilonios, los cuales se hallaban en relaciones con aquel país por el camino terrestre ó por el golfo Pérsico; y de Babilonia las caravanas de mercancías llegaban á Siria, de donde partían para el resto del mundo. Estas caravanas encontraban en sus largos trayectos las importantes factorías de las ciudades de Heliópolis y Palmira; de las cuales el viajero admira hoy las ruinas imponentes, perdidas en el desierto; y después de Palmira llegaban á la gran ciudad de Damasco.

Con tales relaciones comerciales, continuadas tantos siglos, se concibe toda la importancia que en la antigüedad debieron tener las grandes ciudades de Arabia, particularmente las del

Yemen. Enriquecidas por un comercio secular, conocían todos los productos del lujo más refinado; y se comprende que los autores griegos, latinos y árabes hayan estado unánimes en alabar el maravilloso esplendor de tan vastas poblaciones.

Sin embargo, no brilló tan sólo en el Yemen la civilización de los Arabes antes de Mahoma; pues los detalles dejados por las antiguas crónicas acerca del reino de Hira y el de Ghassan demuestran hasta qué extremo los futuros discípulos del Profeta eran capaces de civilizarse.

Ya hemos hablado de esta ciudad de Hira, tan celebrada por los Arabes, y que rivalizaba en lujo con la capital de Persia y Constantinopla. El reino de Ghassan era tan importante como el de Hira; fué fundado poco después de J. C. por unos Arabes llegados del Yemen y duró quinientos años. Según los historiadores, llegó á poseer sesenta plazas fuertes; y los descubrimientos de la arqueología moderna han demostrado la grandeza de su civilización por la importancia de los monumentos cubiertos de inscripciones sabeas, y diferentes del estilo romano, que ha hallado cerca de su antigua capital Bosra, en las fronteras de Siria. También se han hallado aquí vestigios de canalización que demuestran la aptitud de sus habitantes para ejecutar trabajos de verdadero carácter gigantesco.

A pesar de esto, conviene recordar que como en los reinos de Hira y Ghassan los Arabes se hallaron en contacto con los Persas y Romanos, éstos debieron influir en su civilización. No pudo suceder lo mismo en el Yemen, cuyo desarrollo debió ser muy anterior al de los Romanos. Convendría pues sobre todo estudiar en este punto los vestigios de la antigua civilización árabe; y es sensible que la arqueología no haya explorado aún dicho país. Actualmente estamos tan mal informados acerca de las antiguas ciudades del Yemen como lo estábamos algunos años há de las de Asiria, sepultadas en las arenas del desierto; y más de una indicación nos permite asegurar que las investigaciones que lleguen á hacerse serán fértiles. Mr. Halevy, que há pocos años recorrió el Yemen, aunque sin poder hacer excavaciones, nos habla de los objetos de oro y plata que los Arabes descubren frecuentemente en las ruinas; y él mismo halló cerca de Haram, á corta distancia de Sana, unas estelas atestadas de antiguas inscripciones, y la puerta de entrada, en losas de arenisca, de un

templo sabeo cubierto de dibujos de plantas y animales. El señor Schlumberger pudo por su parte comprar recientemente en Constantinopla una colección de doscientas monedas de antiguos reyes del Yemen, algo anteriores á J. C., que había descubierto un árabe en Sana; y esas piezas, que antes eran de una rareza extraordinaria, puesto que sólo se conocían dos ó tres entre todos los museos de Europa, tienen particularidades muy curiosas. El tipo grabado en una cara representa á un personaje regio visto de perfil, con una diadema en la cabeza; y los cabellos, trenzados en madejitas, recuerdan exactamente el peinado de esos Hycsos, ó reyes Pastores, llegados de Arabia, que reinaron durante largo tiempo en Egipto, y de quienes Mr. Mariette ha descubierto las estatuas que hoy figuran en el museo de Bulaq. En la otra cara de la moneda está representado un mochuelo. Parece que el artista tomó por modelo las monedas griegas que entonces circulaban tanto en todos aquellos pueblos del Mediterráneo, con los cuales los Arabes estaban frecuentemente en relaciones comerciales.

Aunque muy insuficientes, las indicaciones arqueológicas que preceden completan de un modo útil los datos que hemos podido sacar de los antiguos autores, y nos permiten entrever en el pasado de la Arabia una civilización brillante, hoy olvidada, y que todavía nadie ha historiado. Pero de lo poco que de ella sabemos podemos deducir con certeza que no debe considerarse como horda de bárbaros á un pueblo que muchos siglos antes de que los Romanos aparecieran en el mundo, edificaba grandes ciudades y estaba en relaciones con las más importantes naciones del mundo.

IV

LAS ANTIGUAS RELIGIONES DE LA ARABIA

Antes de Mahoma las tribus árabes habían tenido mucha variedad de cultos, entre los cuales los más extendidos eran los del sol y de los principales astros; y como tomaron de los pueblos con los cuales comerciaban muchas de sus divinidades, su Panteón estaba tan poblado como el Olimpo greco-romano.

Unas inscripciones asirias, siete ú ocho siglos anteriores á J. C., y las de Safa, demuestran que en una época bien remota los Arabes eran politeístas y erigían estatuas á sus dioses. He aquí lo que dice una inscripción asiria contando

el regreso de Hassar-Haddón de una expedición á la Arabia desierta:

«El rey árabe X ha ido con copiosos presentes á Nínive, ciudad de mi dominio, y ha besado mis pies. Me ha pedido que le devolviese sus dioses, y he tenido lástima de él; he mandado restaurar las estatuas de los dioses; inscribir en ellos el elogio de Assur, mi señor, acompañado de mi firma, y se los he devuelto. He revestido de la dignidad de reina á Tabua, princesa árabe que había sido educada en mi palacio, y la he dejado regresar á su país con sus dioses.»

Sin embargo existían gérmenes de unidad entre aquella variedad de cultos de Arabia, y bastóle á Mahoma desarrollarlos para llevar á cabo la empresa de unificación que había acometido. Había en Arabia un templo llamado la Kaaba, fundado, al decir de la tradición árabe, por Abraham; y este templo era venerado de todos los pueblos de la península, los cuales iban á visitarlo en romería desde mucho tiempo antes. La Kaaba era el verdadero Panteón de los dioses de la Arabia; y cuando Mahoma apareció contenía las estatuas ó imágenes de trescientos sesenta dioses, entre los cuales, según testimonio de los autores árabes, particularmente de Haraivi, figuraban Jesucristo y la Virgen María. Todos los pueblos de la Arabia cifraban su gloria en adornar la Kaaba, siendo hasta para los judíos un sitio muy venerado. Estaba confiada la custodia del templo á los Arabes de la tribu de los Koreischitas, quienes por esta razón disfrutaban de una autoridad religiosa que toda la Arabia reconocía.

Muchos Arabes adoraban un solo Dios, sin contar los que ya en tiempo de Mahoma practicaban el Cristianismo ó el Judaísmo, los cuales eran bastante numerosos. Calificábanse aquellos de Hanyfes, título con que Mahoma se complacía en adornarse; y no sólo admitían un Dios único, lo cual es uno de los principios fundamentales del Corán, sino que enseñaban, lo cual es otro de los más esenciales principios del mismo libro, que el hombre debe someterse á la voluntad de Dios de un modo tan absoluto, como Abraham cuando se disponía á degollar á su hijo Isaac. No sin razón ha podido pues Mahoma decir en el Corán que había habido musulmanes antes de él.

Esa concentración de todos los dioses en la Kaaba de la Meca hacía posible la fusión de todos los cultos en uno solo; cuyo resultado lo facilitaba también el hecho de que todos los